

“ALGUNAS SON OLVIDOS Y OTRAS SON COSAS NOMÁS”

Sonia Montecino Aguirre¹
soniamaguirre@gmail.com

Los sueños comenzaron en 1974 y en ellos tuve la condición de saltar muy alto, trepar a los techos y huir. En el primero vi amenazantes figuras de hombres que cruzaban el parrón de mi casa, eran policías de civil, mi perro se llamaba Fidel y no me atreví a silbarle para que me siguiera. Los policías se dieron cuenta que había subido al tejado de la vecina y corrí angustiada saltando techumbres, estaba oscuro y había toque de queda, pero fui precisa en mis saltos entre una casa y otra, y aunque eran muy diestros en su acoso no lograron atraparme. Durante años y noches seguidas soñé que me perseguían hombres uniformados, apuntándome con pistolas o fusiles y yo escapando, escalando murallas hasta llegar a los techos, mas los militares, “dinos”, “tiras”, “pacos” eran infatigables en su apremiante cacería. Subí, y corrí casi una década, techos de cinc, de tejas, planos, con leves inclinaciones o de dos aguas.

Si hurgo en mi memoria los sedimentos, los residuos más profundos que permanecen de mi vida en dictadura encuentro estas pesadillas que me abandonaron luego de un largo trabajo de ritual terapéutico². Elaborándolos pude recordar que en los momentos de mi evasión y zozobra –o quizás en ese umbral que hay antes de despertar– me preguntaba de qué era culpable, por qué esos hombres encargados de mantener el sistema, de castigar y asesinar se empeñaban en acorralarme noche tras noche. ¿Qué había hecho? Tenía la sensación de que daba lo mismo si transgredía o no algo, si era o no una “ayudista”, si había o no transportado mensajes de un punto a otro, si trabajaba o no tabulando Habeas Corpus en la Vicaría de la Solidaridad,

¹ Sonia Montecino (Santiago, 1954). Antropóloga y escritora chilena. De su vasta obra, mencionamos *La revuelta* (1988, novela), *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno* (1991, ed. ampliada 2007), *Sueño con menguante. Biografía de una machi* (1999), *Mitos de Chile: diccionario de seres, magias y encantos* (2003), *Cocinas mestizas de Chile. La olla deleitosa* (2005), *El pelo de Chile y otros textos huachos* (2021). Ha obtenido las distinciones de la Academia Chilena de la Lengua (por *Madres y huachos*), de Altazor (por *Mitos de Chile*) y el Gourmond World Cook Award (por *Cocinas mestizas de Chile*). Es Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales.

² Con Edmundo Covarrubias

si reproducía o no en la universidad panfletos contra Pinochet, si pertenecía o no al movimiento feminista, si colaboraba o no con las ollas comunes, si escribía o no para la *Revista Hoy*, si había cantado o no la “Plegaria a un labrador”. El hostigamiento podía ser por cualquier cosa o por nada.

Esos sueños me develaron, años más tarde, la eficacia simbólica de la represión, los mensajes perversos del contexto, la atmósfera tenebrosa, la formulación perdurable del miedo. Comprendí también que las imágenes de Giordano, Rembrandt y las más cercanas de Rugendas, en sus pedagogías pictóricas del rapto, del robo de mujeres, permanecían escondidas en los acosos nocturnos. En esas décadas de sueños recopilé también relatos sobre las cautivas tanto españolas (las chiñurras) como mapuche (las chinas) y tal vez para exorcizar el terror mítico de la vulnerabilidad y el escarmiento soñé.

En los 80 intenté estudiar el orden sacrificial y la construcción de la víctima como depositaria de una culpa, eso sucedió luego de la lectura de *La Bruja* de Jules Michelet: la Inquisición, además de usar la eficacia simbólica, creó un método para que cualquier mujer que dominara un saber se convenciera y declarara que era una “hechicera” ligada al demonio. Aprendí en ese tiempo que para justificar e instalar un sistema siempre se configura uno(a) o varios(as) culpables que deben ser perseguidos(as) y sacrificados(as), ojalá de manera sangrienta y en un espacio público. Logré entender entonces que así de arcaico era mi temor y que la fuga noches y noches, años y años, estuvo preñada de esas antiguas y profundas escenas, ya no “históricas” sino contemporáneas de acosamientos, raptos y sacrificios.

Quizás por ello, las asimismo viejas estrategias de resistencia del alma humana y sobre todo las de las mujeres, me sirvieron para que nunca me alcanzaran esos hombres armados: en las persecuciones la capacidad de superar a los sabuesos rastreadores provenía del interior de mi cuerpo, de su energía infinita de huir y saltar, y en algunos casos volar por los tejados elevándose por el barrio y hasta por la ciudad. Así pude salvarme y aunque asustada burlarlos, conservando la vida.

Nuestros recuerdos de vigilia pueden ser documentados y formar parte de la escritura y registro del devenir infausto y desastroso; sin embargo, los que surgen de esa gran parte del tiempo que pasamos durmiendo se borran, pero muchos se agazapan y se arriman a la memoria a veces convirtiéndose en un “campo minado” de relatos y experiencias silenciadas, reprimidas quizás porque los traumas filogenéticos reenvían a otros y a otros heredados y nunca resueltos. Como el inconsciente no tiene sentido del humor he traído estos sueños a los testimonios de los 50 años del Golpe de Estado en Chile porque es

cierto que hay muchas cosas
que se pueden olvidar
pero algunas son olvidos
y otras son cosas nomás
(“Pal’ que se va”, Alfredo Zitarrosa).